La pizca de la manzana

By Kimberly Ortiz

Me levantaba a las seis de la mañana y no teníamos alarma pero mi alarma era mi mamá.

- Mijito, ya es hora.

Ese día me levanté, fui a la pizca como de costumbre, tenía que caminar hasta Guerrero y en el camino me topaba con muchas dificultades. Bueno les voy a contar como empezaba mi día trabajando en la pizca de la manzana. Empezaba levantándome, iba para afuera y me lavaba la cara. No había lonchera y llevaba el lonche que me hacía mi mamá en una bolsa de plástico. Me iba para Guerrero para esperar a la troca que nos recogía para llevarnos al trabajo. En el camino para Guerrero siempre me correteaba el perro de Cuco y del otro lado el perro de Nana, sin embargo, los dos perros se tenían miedo. Debido a eso, en medio camino se topaban y mejor los dos se iban por su lado. Después de la bajada, llegaba a Guerrero y esperaba la troca. La troca nos llevaba a una huerta, nos bajábamos, agarrábamos un guare y nos poníamos a pizcar la manzana. Las manzanas las teníamos que agarrar suavemente con las manos para que las yemas de los dedos no se nos marcaran y las poníamos con cuidado en el guare. Solamente había una persona encargada de los guares, al cual llamábamos guarero. Cada vez que llenabas un guare gritabas "¡guarero!, guare lleno", él venía y se llevaba el guare lleno y te traía otro vacío. Por lo tanto, seguíamos pizcando la manzana hasta mediodía cuando se llegaba la hora de lonche. En lonche todos nos sentábamos en un círculo y poníamos nuestro lonche en el medio. Todos se preguntaban uno al otro que llevaban de lonche.

- ¿Qué trajeron?
- Burritos de frijoles - respondían todos.

- Cuando se acababa el tiempo de lonche, seguíamos trabajando y si te ponías listo no agarrabas escalera y nomás cargabas el guare, aún así de todas formas iba a haber un momento en que la tenías que agarrar. Si agarrabas la escalera tenías que cargarla junto con el guare para pizcar las manzanas de más arriba del árbol, a causa de eso el trabajo era un poco más pesado. Terminábamos y nos poníamos a recoger. Cuando acabábamos de recoger, la troca que nos recogía en la mañana venía por nosotros otra vez. Llegaba a Guerrero y me iba todo cansado caminando a mi casa y el dinero que ganaba eran trescientos pesos por toda la semana que ahora en día es muy poco, pero en esos tiempos era mucho dinero. La mitad de lo que ganaba iba para la casa porque de allí venía el lonche. El siguiente día que empezamos a trabajar, me puse a pensar mientras miraba hacia el cielo y los árboles, pensaba si en verdad quería a hacer esto por el resto de mi vida. Me di cuenta que quería superarme, hacer algo mejor para ayudarme a mí mismo y a mi familia. Ese día decidí emigrar a otro país donde pudiera abrir nuevas puertas hacia mi destino.